

LLANTO POR LOS VANOS OFICIOS

HACE dos siglos, Adam Smith, padre del liberalismo económico, afirmaba que «nadie vio a un perro cambiar, libre y deliberadamente, un hueso por otro con otro perro». Adam Smith, cuya erudición en materias caninas podía ser discutible, había formulado en aquel instante un curioso axioma: el hombre, además de ser un animal que ríe, que tropieza dos veces en el mismo pedrusco, que blasfema, que es capaz de posibilidades y frustraciones, que es «junco pensante» (Pascal), «bípedo implume» (Diógenes Laercio), «animal fabricante de utensilios» (Franklin), «semoviente político» (Aristóteles) y «portador de valores eternos» (José Antonio Primo de Rivera), que entierra o incinera a sus muertos, que se viste y se desnuda en una especie de ambigua ceremonia de pudor y erotismo más o menos determinada por las circunstancias climáticas, que a veces espera la inmortalidad, que identifica a sus semejantes mediante el uso de un lenguaje articulado, que perfecciona sus propios instintos, que compra y vende a plazos, que se afeita, etcétera..., es, además, el insustituible y esencial protagonista de la economía política. El perro, el diplodocus, el toro de lidia o el saltamontes nunca fueron lo suficientemente hábiles para inventar, a nivel programático, la «ciencia de la elección». Los animales eligen, primaria e intuitivamente, entre un alimento u otro, entre una hembra u otra, entre la sombra amena de tal o cual arbusto. Los medios de que disponen para alcanzar sus fines son, como en el caso de la especie humana, limitados; pero los pobres irracionales —no rientes, no reiterados tropezantes, no blasfemantes, incapaces de posibilidades y frustraciones, no pensantes, no fabricantes de utensilios, no portadores de valores eternos...— jamás sistematizaron de forma científica sus afinidades electivas. De Goethe a un berberecho, hay mucho trecho. (Brindo a Luis Carandell este hermoso, improvisado y didascálico refrán.)

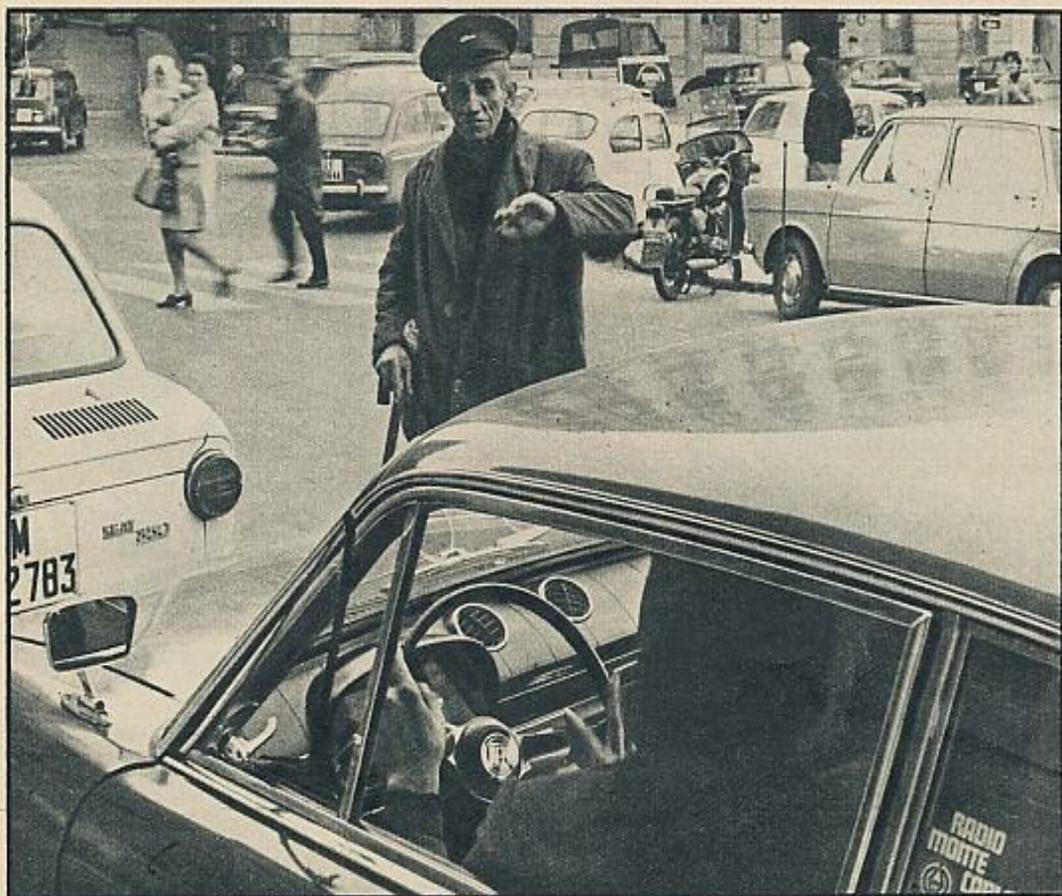


SIN embargo, el «homo sapiens», al evolucionar, provocó también la evolución de la economía política. Las elementales operaciones de cambio llevadas a cabo por el hombre prehistórico —el sencillo trueque de un hacha de sílex por un colmillo de mamut— se fueron complicando con el paso del tiempo. Los fisiócratas, que basaban sus doctrinas en la noción de equivalencia —la famosa ley del «laissez-faire, laissez-aller», que no era, a fin de cuentas, más que una versión ilustrada de los cambalaches paleolíticos—, creían haber llegado al colmo de la sabiduría económica. Pero tuvieron que rilarse y agachar las orejas ante la evidencia de la teoría del valor: las relaciones cuantitativas entre los bienes (lo que podríamos denominar «valor de cambio») eran un simple reflejo de las relaciones sociales. En definitiva, no se producía lo que se quería, sino lo que se podía. Marx, en su «Crítica de la Economía Política», indicaba que «en la producción social de su existencia, los hombres se someten a condiciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad». Marx delató la alienación del trabajo en la sociedad capitalista. Pero nunca —que yo sepa— mencionó expresamente la existencia de trabajos que, en sí mismos, en su propia esencia y desarrollo, ontológicamente hablando —no sólo como meros engranajes de un sistema—, albergaran el germen de la alienación.

LOS animales, al verse incapacitados para programar y jerarquizar científicamente sus alternativas y sus opciones, no consiguieron nunca inventar tareas inútiles. Cada además, cada acto físico, cada movimiento de un animal tiende inexorablemente —biológicamente— a la consecución de un fin útil: lograr alimento, liberarse del frío o del calor, desprenderse de parásitos o satisfacer sus impulsos sexuales. El hombre, por eso de que es racional, es el único animal que inventa, sobrentiende, justifica y a veces (¡ay!) desempeña oficios vanos.

PROLIFERAN los vanos oficios por toda la superficie del globo terráqueo; pero me atrevería a afirmar que su grado de variedad y abundancia es inversamente proporcional al índice de desarrollo político-social. En España, los vanos oficios alcanzan una elevada tasa de singularidad, perfección y eficiencia profesional.

HACE algunos años, hallándome en mi casa —a altas horas de la noche— en compañía de unos amigos ingleses recién llegados a nuestro país, se oyeron, procedentes de la calle, unas fuertes y acompasadas palmas de tango. Uno de los ingleses, sonriendo con aire comprensivo (esa sonrisa británica que es una mezcla indefinida de las sonrisas de Bertrand Russell, Pickwick, Henry Fielding y Winston Churchill), comentó la idiosincrásica vocación de los españoles hacia los ritmos flamencos. «Spain is different». Instantes más tarde, el anónimo palmeador repitió su numerito. Y el inglés, sin perder su benévola sonrisa, preguntó: «¿Es normal que la jerga dure toda la noche?». Respondí tranquilamente: «Hasta que llegue el sereno». El inglés insistió: «¿El sereno? ¿Es un agente de la autoridad?». Explicué que, a tenor de la vigente organización administrativa, el sereno es un agente de la autoridad, pero que, en realidad, su misión específica consistía en abrir a los trasnochadores las puertas de sus casas. El británico liquidó su sonrisa y me miró con estupor; no comprendía que el sereno (vigilante nocturno y agente de la autoridad), en vez de reprender y multar al monorrítmico y escandaloso noctámbulo, le abriese la puerta de su casa a cambio de una ridícula propina. ¿Es que el paseante nocturno no tenía llave del portal? ¿O tal vez el gobierno prohibía que las puertas estuviesen abiertas? ¿Acaso abundaban los ladrones y asesinos? ¿Se trataba de una supervivencia histórica de la Inquisición? ¿No sería preferible instalar un timbre con un resorte mecá-



En España, los vanos oficios alcanzan una elevada tasa de singularidad, perfección y eficacia

nico en el juicio de las puertas? ¿Qué armas llevaban los serenos? ¿Perteneían al Ejército o a la Falange? ¿Iban ataviados como los alguacillos de las plazas de toros? La avalancha de interrogantes me pilló desprevenido. Es muy difícil atajar la curiosidad de los extranjeros cuando éstos han comenzado a poner en marcha sus mecanismos imaginativos. Explicué torpemente las características fundamentales de la honrada profesión de sereno, cité a Carlos III (fundador de tan insomne gremio), mencioné algunas zarzuelas... Y el inglés, que ingenuamente había confundido unas palmadas citatorias con un acompañamiento por bulerías, encogiéndose de hombros en un ademán de desconsolada perplejidad, emitió categóricamente su veredicto: «Es un oficio vano».

EN muchas ocasiones me he preguntado acerca de qué tipo de bienes son la consecuencia terminal de ciertos oficios. Sweezy, en su «Teoría del desarrollo capitalista», divide la in-

dustria en tres ramas principales: la primera rama produce medios de producción; la segunda, artículos de consumo para los obreros («wage goods»); la tercera, artículos de consumo para capitalistas (artículos de lujo). Pero, ¿qué demonios producen los vanos oficios? ¿En qué rama de la industria pueden ser incluidos? ¿Acaso son artículos de lujo? No me parece un lujo, sino una nimia y raquítica satisfacción (o ni siquiera eso, digo yo), el abstenerse de introducir una llave en una cerradura. El esfuerzo mental y muscular ahorrado por la intervención del sereno no es evaluable en términos monetarios. No, no es un lujo. Como tampoco es un lujo lustrarse los zapatos utilizando los servicios de un limpiabotas; ni recibir, por parte del imponente y galoneado conserje de un hotel de tronío, una lacayesca reverencia; ni contemplar, sentado en la mesa de un suntuoso restaurante, al solícito y servil camarero que retira inexorablemente el cenicero cuya nítida blancura ha sido mancillada

por unos escasos miligramos de ceniza; ni encontrarse, al descender de un automóvil, con la sumisa y candonga presencia de un individuo que acaba de abrir la portezuela, evitándonos el empeño de accionar una manilla; ni comprobar que no necesitamos pulsar el botón del ascensor, porque un lisonjeante portero se ha anticipado sabiamente a la realización de nuestras intenciones... No, no son lujos. Son, más bien, pequeñas molestias, desazonantes y empalagosas pejugueras, engorrosas lavativas de almíbar.

YO suelo huir de estos satélites como de la peste. Antes que ver a un ser humano arrodillado ante mí, prefiero caminar con unos zapatos solemnemente sucios. Es explicable el inquietante desasosiego que pueden provocar ciertas situaciones de servilismo profesional. Es quizá el mismo embarazoso malestar que se experimenta al dar una limosna. Es la constatación visible de una tolerada (¿o provocada?) discriminación social, la muestra

LLANTO POR LOS VANOS OFICIOS

viviente de una diferencia de castas. Yo doy, luego mando; tú recibes, luego obedeces. Es la ley de la oferta y la demanda llevada a sus más grotescas consecuencias.

LA disparidad de rangos se suele dar, es cierto, en casi todas las relaciones laborales. Y el servilismo, también. El auxiliar administrativo adula descaradamente al jefe de negociado, el sargento reenganchado al teniente de Academia, el lego pueblerino al barbudo abad parlador de latines, el atildado peluquero al cliente casposo, el niño bueno al señor maestro, el pasante de abogado al prestigioso picapleitos, la chica de conjunto al primer galán, el sufrido agente comercial

colegiado al grosero hipotético comprador... La imagen del «pelota» forma parte del santoral capitalista. En el fondo, el «pelota» es un atrabiliario reprimido, un anarquista frustrado, un inofensivo y ovejuno bilioso que aborrece de todo corazón a sus superiores jerárquicos. Las excepciones a esta regla tienen su origen, más que en la particular bondad y en los exquisitos encantos del respectivo superior, en cierta irremediable y congénita sandez del inferior.

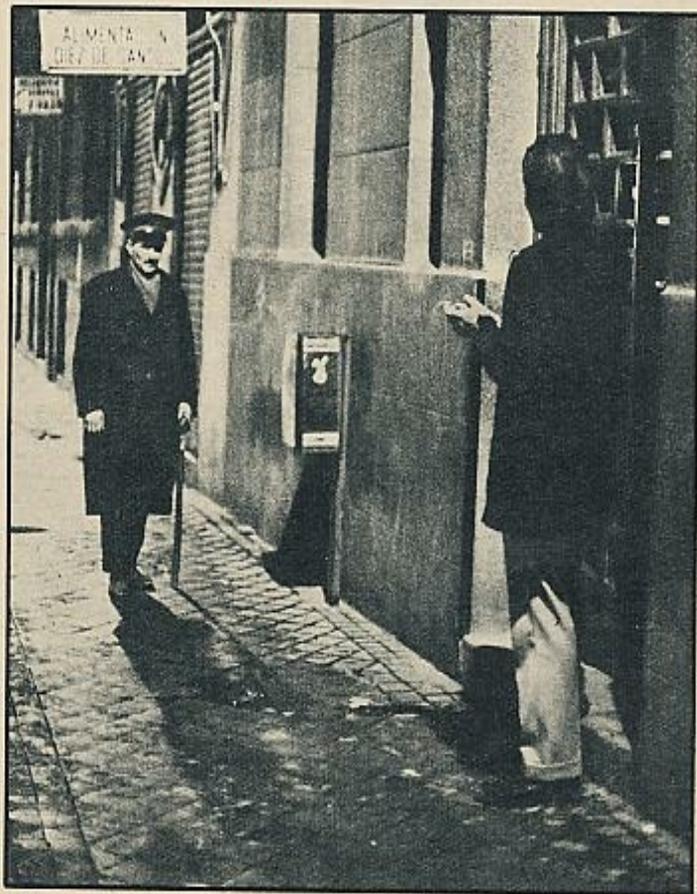
PERO este dualismo adulación-odio alcanza extremos absolutos en la prolífica casuística de los vanos oficios. Supongo que el renqueante guardacoches, tras haber cobra-

do su módica cuota al caballero que, acompañado por una bella señorita, se encamina hacia un club nocturno, deseará por lo bajinis que al caballero y a la bella señorita se les caiga una cornisa encima de la cabeza. Yo, en su lugar, tendría tales deseos. Hace poco me han contado que un sereno del barrio de Salamanca percibía un suplemento pecuniario por la tutela de los automóviles estacionados en su demarcación; algunos propietarios de vehículos se negaron a abonar este arbitrario suplemento; pues bien, los coches pertenecientes a ciudadanos no cotizantes solían aparecer, por las mañanas, con los neumáticos pinchados, la chapa salpicada de raspaduras y los cristales rotos; tras las pertinentes —e imagino que no muy laboriosas— pesquisas, se averiguó que se trataba de una venganza del sereno, ofendido por la actitud de los contribuyentes remisos. Poco más o menos, una versión carpeto-vegetónica del sindicato del crimen de Chicago.

EL titular de un oficio vano no es un criminal, ni muchísimo menos. Es, ante todo, una víctima sin posibilidad —o con muy escasas posibilidades— de elección. Es natural que abomine de su oficio. Y es natural que desee librarse de él, cueste lo que cueste. Pero estas vías de liberación son escabrosas e inasequibles. Y el titular de oficio vano se dedica, por ello, a soñar: no aspira a convertirse en magistrado del Tribunal Supremo o en cirujano del Seguro Obligatorio de Enfermedad; aspira a no hacer nada, absolutamente nada. «El carácter enajenado y profundamente insatisfactorio del trabajo —ha escrito Erich Fromm— produce dos reacciones: una, el ideal de la ociosidad total; otra, una hostilidad hondamente arraigada, aunque inconscientemente muchas veces, hacia el trabajo y hacia todas las cosas y personas relacionadas con él». El sereno —me pongo en su noctívago lugar— anhela liberarse del zarzuelesco chuzo y del tin-

tineante manojito de llaves; el limpiabotas aspira a dar un rotundo puntapié al cajoncito de madera que sirve de escabel a polvorientos pinreles ajenos; el conserje del hotel de lujo mandaría al cuerno la librea y los galones dorados. Y todos ellos, sin excepción, sueñan con el ocio como meta. Adiós, servilismo. Adiós, adulación. Adiós, señores y señoritos. Adiós, llaves, libreas, galones, propinas, espaldarazos, reverencias, zalemas... ¡Adiós! ¡Existen la lotería y las quinielas! Existe la diosa Fortuna con su cuerno repleto de billetes verdes. ¡Viva Carlos III! ¡Viva el Patronato de Apuestas Mutuas Deportivas Benéficas! La lotería y las quinielas, asequibles clavileños del proletariado hispánico, son las sendas de una mítica holganza. Lo leemos en la prensa, lo vemos en el No-Do y en la televisión. «Un labrador analfabeto de la provincia de Ciudad Real ha ganado, jugando a las quinielas, más de treinta millones de pesetas». «Le ha tocado el gordo de Navidad a un peón de albañil». Y los afortunados ganadores sonríen desmañadamente ante las cámaras cinematográficas y emiten, con palabras torpes y deslavazadas, sus primeras frases plutocráticas: «Pues sí, que estamos muy contentos... Y le damos muchas gracias a Dios... Y yo se lo decía a ésta: si acierto los catorce, va a segar su tía... Y que Dios aprieta, pero no ahoga... Pues no sé lo que voy a hacer con tantas pesetas, fíjese usted... Pues irnos del pueblo, claro...». Las risas nerviosas y chirriantes de los nuevos millonarios son más eficaces que el mejor «slogan» publicitario. Jugamos, ¡jea! ¿Por qué no? Siempre toca a los pobres. Los millonarios no juegan a las quinielas; acertaron, desde pequeñitos (o desde los vacilantes tiempos de la postguerra), todos los catorce resultados habidos y por haber. Los millonarios no viven pendientes de las aflautadas voces de los niños de San Ildefonso; poseen, con carácter vitalicio, todas las series de los números premiados.

cia profesional... La supresión de ellos no remediaría nada.



LLANTO POR LOS VANOS OFICIOS

LA vida es así. Mucha gente lo dice. «¡Qué le vamos a hacer! Siempre habrá pobres y ricos». La gente cree a pies juntillas en la absoluta inamovilidad de las estructuras económicas. No hay mal que por bien no venga. «Beati pauperes: quia vestrum est regnum Dei», afirmaba el evangelio de San Lucas, inefable relator de inefables bienaventuranzas. Y así se oye, día tras día, amalgamada con canciones de Raphael y fraseología de fotonovela, la enorme y trágica letanía de los que comparten sin odio el hambre y la nevera comprada a plazos, de los que están al mismo tiempo resignados y satisfechos, de los que instalan la antena del televisor en el tejadillo de su chabola, de los obligados usuarios de corbatas raídas, de los que aconsejan no meterse en nada, de los que afirman con voz convincente que nunca se ha vivido mejor que ahora. Es cierto: nunca se ha vivido mejor que ahora. Nunca, hasta ahora, tuvieron los chupatinas españoles la ocasión de adquirir —mediante una módica entrada y la aceptación de letras de cambio con vencimientos mensuales sucesivos— un Seat 600. Nunca, hasta ahora, tuvieron los guardacoches la oportunidad de escuchar, a través del crujiente altavoz de un transistor, las apasionantes incidencias del campeonato de liga. Nunca, hasta ahora, tuvieron los limpiabotas la exultante posibilidad de ser televidentes y contemplar a Félix Rodríguez de la Fuente, el amigo de los animales, o a Mannix, el enemigo de las computadoras electrónicas. Nunca, palabra de honor.

POR otra parte, la automática y total supresión de los vanos oficios no remediaría nada. En todo caso, daría lugar a un serio desequilibrio nacional. ¿De qué iban a vivir esos miles de personas? ¿Podrían paliarse las consecuencias con un módico incremento de las tarifas postales? El problema del paro sería de campanillas. Y, además, en otro terreno, algunas gentes no so-

portarían el bochorno de vivir en una sociedad sin palpables diferencias humanas. Aunque parezca increíble, existen individuos que sienten la imperiosa y casi enfermiza necesidad de ir repartiendo propinas a diestro y siniestro; es una forma, como cualquier otra, de exteriorización del peso específico social. «Practique la elegancia social de la propina». La cuantía de una propina es el termómetro de la valía de un desconocido.

NO tengo nada personal contra los titulares de oficios vanos. Huyo, lo confieso, de ellos; pero no huyo de su presencia individual, de su condición laboral, de su posible amistad. Huyo de todo lo que ellos representan. Me parece inconcebible y absurdo que, en una época en la que ha sido factible dar saltitos sobre la superficie lunar, se admita tranquilamente que un individuo se postre ante otro individuo para limpiarle los zapatos. No sabría explicarlo correctamente; tendría que empezar a hablar de la dignidad humana, del inalienable derecho del hombre a su más completo desarrollo, del nuevo humanismo y de cosas por el estilo. Pero no soy un teórico de las ciencias sociales. Simplemente, me limito a observar y anotar, desordenada y atropelladamente, mis observaciones.

OS lo juro: no tengo nada contra vosotros, vigilantes nocturnos, porteros de postín, seráficos guardacoches, limpiabotas, almidonados camareros, alternadoras de clubs, obsesivos cerilleros, ujieres de librea, impúberes botones, uniformados lacayos, humildes abrecoches, caterva innumerable de inútiles y superfluos empleos, cofradía de nimios proveedores de vanidad, populoso enjambre de la vacuidad productiva del capitalismo... No, no tengo nada contra vosotros. Únicamente lloro por vosotros, por vuestros vanos oficios, por la triste y torpe sociedad en que os ha tocado vivir. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

MALCOLM HANCOCK

